

El alcalde bailó el "aurresku" tradicional



Ocurre en los pueblos de Guipúzcoa—y de seguro que en los pueblos de todas partes—que a medida que penetran costumbres extrañas, llevadas por gentes inmigradas, se adulteran primero y se borran más tarde las tradiciones y las costumbres propias. No saben las gentes, o no pueden los pueblos, hacer que el extraño se adapte a las costumbres del país en que se asienta, sino que, o bien él lleva otras que se imponen a las del país o el indígena, en su exceso de hospitalidad, adopta unas nuevas que ni son las suyas ni son las del extraño que llegó para convivir.

Cierto es que el llegado adapta su vida al ritmo cónico del pueblo que le acoge; pero en el orden sentimental el acogedor nada gana; pierde más bien porque sin proponérselo, las más de las veces, introduce modos, lenguaje, costumbres nuevos, que por ese estímulo imitativo, que el humano parece haber heredado del simio, adoptan los naturales del pueblo o de la región hasta olvidarse de sus propias costumbres que, quizás, fueron transmitiéndose de generación en generación durante siglos.

Así es como han introducido en nuestro país costumbres y danzas y cantos que, a simple vista, descubren su origen extraño. Y esto lo observamos siempre cuando oímos la música de la «triki-tritxa» y mucho más cuando la vemos bailar. No concebimos que sea vasca esa música de jota plebeya, ni que sea vasco ese baile que han adoptado de tiempos atrás y en el que, después del fandango suelto, se agarren las parejas para marcarse unos pasos que no se sabe qué son.

No queremos decir con esto que despreciemos, ni mucho menos sintamos aversión por lo que no es vasco, no; nos gusta sobremanera ver cómo bailan y oír cómo cantan los gallegos, los asturianos, los valencianos, todo aquello que es típico y aplaudimos con el mismo entusiasmo esas danzas y esos cantos como si fueran de nues-

tro país. Lo que queremos decir es, que así como nos gusta y nos entusiasma ver a los de otras regiones conservar y practicar con la mayor pureza sus costumbres, y gozamos cuando a una fiesta de otra región asistimos, nos gustaría, nos entusiasmaría, que nosotros, los nativos y los adaptados, conserváramos también nuestras viejas costumbres, luego de resucitarlas con la menor impureza posible.

Por esto, que decimos porque lo sentimos hondamente, experimentamos una emoción grata en la romería de Santa Isabel, que se celebra en la pequeña campa de la Antigua, en Zumárraga, el día 2 de Julio.

Fiesta campestre que se celebra en la altura desde la que se domina el valle; fiesta de luz en la que el sol parece querer tomar parte como luminaria gigantesca, fiesta cuya grandeza es la misma sencillez de la romería en que el hombre se siente empujado en aquel rincón del circo que forman las montañas ingentes. Allí, en la campa silenciosa todo el año, el día de Santa Isabel, al tiempo que suena la campana de la ermita, suena la música ceremoniosa del «txistu» y del tamboril que acompaña al Ayuntamiento de Zumárraga al lugar de la romería. Y entonces es cuando los danzarines vascos, los «espatadantzaris», bailan sus danzas que vieron y aprendieron de los viejos, ante el altar en que se venera la imagen de la Virgen de la Antigua.

Terminada la fiesta religiosa, el alcalde y los concejales presiden la fiesta: es el «aurresku» que bailan los danzarines, bajo la mirada severa del alcalde que llena las funciones del patriarca ostentando en su diestra la vara, símbolo de su autoridad.

Y luego de comer en la campa, protegidos por la sombra de árboles añosos; luego de hacer fiesta de alegría, suena el tamboril, se abre la danza, bailan todos, jóvenes y viejos, pobres y ricos, hasta que llega la hora del «aurresku» de honor que han de bailar el alcalde, los concejales y los invitados, que es danza de honor para las gentes de pro, de respetuosa galantería a las damas. Y el alcalde bailó el «aurresku» tradicional; el alcalde, ante el pueblo reunido en la campa, danzó con los trenzados y los saltos del «aurresku» para ser igual que el pueblo en la fiesta y para que el pueblo sea igual que él en dignidad.

Así bailaban antes los alcaldes de los pueblos de la policromada Vasconia en las fiestas principales, al compás de la música pastoril, para que la sencillez hiciera más solemne, más grande, esta fiesta en la que todos se divierten, rindiendo culto a los que subían a la montaña para vivir más cerca de la Naturaleza, más cerca del Sol, vivificador del mundo.

Al llegar las fiestas de la Magdalena de Rentería, ha surgido en nosotros el recuerdo de la fiesta sencilla, evocadora, nuestra, de Santa Isabel en la Antigua, de Zumárraga.